

## Francisco Umbral: los comienzos de un escritor



Umbral

ESCRIBIR LA BIOGRAFÍA de un escritor contemporáneo es, cuando menos, una decisión comprometida. Si el biógrafo decide contar todo lo que ha alcanzado a saber sobre el personaje en cuestión, se expone a que le lluevan las críticas y los palos, y también a intervenir en su vida privada de un modo al que nadie ha invitado y que por tanto le sitúa en una posición moralmente delicada. Por otra parte, si el biógrafo opta por la discreción en aquellos aspectos considerados tabúes -la vida íntima apenas, quizá, vislumbrada; la sexualidad y, en un sentido general, el universo de cosas que puede que se digan en voz más o menos baja pero que no se escriben jamás- este mismo biógrafo se arriesga a dejar de lado lo esencial en la escritura de la vida. De la vida de quien sea. ¿Qué hacer? ¿Dónde cortar? ¿Es legítimo franquear la barrera que separa la vida pública de la privada? ¿Cómo explicar de verdad a un hombre -no a una estatua- si se orillan sus conflictos? ¿Qué sentido tiene hacerlo cuando toda obra literaria se construye precisamente en relación a esos conflictos? En definitiva, para un biógrafo imagino que lanzarse a la empresa de escribir verazmente y con cierta autonomía sobre un escritor vivo es un ejercicio peligroso, algo así como el triple salto mortal, sin red y con pinchos.

Quizá por ello los biógrafos españoles escasean tanto y a los pocos que se atreven yendo más allá de lo que la costumbre ha impuesto como convención para tratar las biografías de escritores, a estos pocos les llueven los leñazos. En otro país, Francisco Umbral dispondría de varias biografías: al menos de dos: una autorizada y otra, naturalmente, sin autorizar. No porque se trate de un escritor incuestionable -si fuera por eso aquí lo propio es no tenerla- sino por dos razones más circunstanciales, digámoslo así. La primera, por su fortísima presencia en los medios de comunicación y además de forma continuada desde hace más de treinta años (¿hay algún español que no reconozca a Umbral si lo ve en la tele o por la calle?). La segunda, porque hablamos de un escritor que ha hecho de algunos elementos biográficos la nutriente decisiva de su obra literaria. Qué duda cabe que la particular

realidad del escritor es el humus elemental de la creación que, por otra parte, goza de libertad para modificar los hechos y hacerlos vivir de otra manera. Sí, de acuerdo. Pero pocos escritores como Umbral tan desprovistos de género y tan volcados en la escritura y reescritura de algunas imágenes obsesivas. Se ha dicho, también lo ha dicho él, que es un escritor exhibicionista y, en efecto, está centrado en levantar su creación desde la mismidad y la autobiografía, es decir desde el yo. Pero ese exhibicionismo es más aparente que real aunque es fácil pensar que el autor de *Mortal y rosa* o *Memorias de un niño de derechas* puede encontrarse atrapado en su propio juego. Ese pulso permanente entre autobiografía y ficción, tan indisociable en su literatura, que le sirve a Umbral para desvelar y ocultar al mismo tiempo el misterio de su vida, aumenta el deseo del lector de transgredirlo, es decir de rebasar la escritura a la búsqueda de sus claves reales. Digamos que hasta ahora no ha sido así: las pocas semblanzas biográficas disponibles se han publicado con escaso rigor y vacíos muy notables. Se trata de largas entrevistas o bien de cronologías de urgencia que recurren como fuente a la información suministrada por el propio escritor en sus libros.

Francisco Umbral fue uno de los primeros escritores, en hablar de sí mismo como “un niño de la guerra”, imagen que ha hecho fortuna y que resulta útil para referirse a toda una generación de artistas e intelectuales cuya primera memoria se formó en aquellos convulsos años y en lo que vino después: una España aturdida y muerta de hambre, horra de verdaderos modelos intelectuales en los que formarse las nuevas generaciones. Umbral es también un pionero en tejer su obra con los hilos de aquella memoria: nadie como él ha escrito de la postguerra, y cuando llegue la hora de la madurez a nuestros estudios autobiográficos la obra de Umbral alcanzará la importancia y sobre todo el sentido que, sin embargo, ahora se le da en calderilla. Lo que ahora puede interpretarse como una insistencia abusiva en la propia identidad se verá como un proyecto coherente anclado en la concepción de la autobiografía como mitografía que a su vez se convierte en fuente de una visión de la sociedad española contemporánea.

Hay que decir que la memoria de Umbral -unas veces personal, otras colectiva- es siempre creadora, atravesada de subconsciente, de poesía y de libertad.

Desde la perspectiva de los estudios autobiográficos su interés es indudable: su obra se halla en las raíces de la autoficción, término talismán que sirve eficazmente para esa zona borrosa de la escritura del yo sin un pacto explícito que le comprometa. Ahí están sus primeros libros memorialísticos cuando la escritura de la memoria resultaba incómoda, rozando el larguero de prohibiciones y censuras. Ahí está, por último, Umbral construyendo su obra a partir de un análisis nunca complaciente aunque con tendencia, decíamos, a la construcción mitográfica de la propia identidad.

Por el momento ofrecemos aquí el fruto de una breve investigación llevada a cabo por la Unidad de Estudios Biográficos. Francisco Umbral ha estado al corriente en todo momento de nuestro proyecto y ha considerado oportuno puntualizar algunos aspectos de lo que aquí se trata. No es una biografía del escritor, ojalá pudiéramos hacerla. Nuestro propósito es rastrear en los primeros años de su vida la estructuración de su personalidad y en menor medida las razones de su insularidad literaria. También queremos ofrecerle al lector del *Boletín* unos datos objetivos que le permitan calibrar mejor las implicaciones entre espacio real y espacio literario. Lo nuestro son algunos eslabones que algún día deberían ayudar a componer el relato de su vida. En cuanto a las citas de su obra, hemos procurado contrastar la veracidad de su contenido a la hora de utilizarlas como fuentes de información biográfica. Confiamos en que todo sea para bien.

Ya casi todo el mundo sabe que Francisco Umbral es un nombre literario. El nombre que figura en su carné de identidad es el de Francisco Pérez Martínez y nació en La Inclusa de Madrid el 11 de mayo de 1932 (y no de 1935 como asegura la leyenda). Fue inscrito en el Registro Civil de la ciudad tres días después actuando como testigos en la inscripción dos empleados del establecimiento benéfico. Su madre, Ana María Pérez Martínez había nacido en un pueblo de la provincia de León, en Valencia de Don Juan, a primera hora de la mañana el día 7 de octubre de 1905. Era la hija mediana de una familia de labradores con cuatro hijos que en los años 20, no podemos precisar, se traslada a Valladolid. El padre, Claudio Pérez Ruiz, tendrá un cargo de responsabilidad en la Oficina de Consumos de dicha ciudad y se

instalan en una vivienda de alquiler (entonces lo eran la mayoría) situada a un costado de la plaza San Miguel (número 11), esquina con la calle de San Blas, una calle apacible y un poco monjil, a pocos minutos del centro histórico de la ciudad. El inmueble, con elegantes miradores que se colocaron con posterioridad a la construcción del edificio, tenía 4 pisos de altura y era propiedad de Anastasio Gómez Coca. La vivienda de la familia Pérez era grande y disponía de una puerta que daba directamente a San Blas, de modo que no era necesario cruzar el portal comunitario para acceder a ella. Hoy, de los inmuebles de aquella plazuela de San Miguel “tan perfecta como una nueva invención de la rueda” no queda nada más que la iglesia del mismo nombre, a un lado de la plaza.

Ana M<sup>a</sup> Pérez vivía en Valladolid con sus padres y su hermana Maruja pues Josefina, la hermana menor, había muerto en Valencia de Don Juan de tuberculosis y Claudio, el único varón, se casará pronto instalándose en Madrid. Debió ser una joven despierta, guapa y con carácter que, sin embargo, no tuvo la vida fácil, como tantas mujeres de principios de siglo. La evoca Mercedes Formica, en el libro que cierra su trilogía memorialística, como una joven muy preparada que admira a Rosa Luxemburgo y Clara Campoamor, sigue con interés las actividades de la Residencia de Estudiantes y sueña con ser libre e independiente (véase “Ana María. La madre de Umbral”, en *Espejo roto. Y espejuelos*, Huerga & Fierro, 1998).

De muy joven le diagnostican los primeros síntomas de tuberculosis, una enfermedad que causaba estragos por entonces. Sus padres la envían a Nocedo (León) en busca de un clima más saludable. Se recupera sólo en parte.

A los 26 años Ana M<sup>a</sup> queda embarazada del escritor: es un hecho central en su vida que de un modo u otro gravitará además sobre la familia de forma permanente. Corre el año 1931: es indudablemente un momento de ruptura de la inercia histórica que había hecho de España un país atrasado y analfabeto. La República, proclamada el 14 de abril, supuso un cambio de bandera, de himno, de política, de moral y también de costumbres. La llegada de la República significó una apertura de compás en las

relaciones entre hombres y mujeres inédito hasta entonces. Muchas de ellas se permitieron poner en práctica el poder mantener unas relaciones amorosas menos convencionales y otras se atrevieron a ser madres solas, sin pareja conocida. La situación, quizá de Ana M<sup>a</sup> con el padre de Umbral podría entenderse en este contexto de transformación de las costumbres amorosas que bien poco había de durar.

Lo ignoramos todo del padre de Umbral. Fuera quien fuese, sin embargo, se desentendió de la situación creada, acaso ni siquiera llegó a ser consciente de ella. Ana M<sup>a</sup> Pérez, de fuerte personalidad y con una entereza admirable decidió tener a su hijo, aunque mantuvo en secreto su maternidad. Se refugió en Madrid, fuera de la cruda mirada provinciana, donde vivía por entonces su hermano Claudio que la ayudó en lo que pudo, incluso se ofreció a reconocer al hijo de Ana M<sup>a</sup> como hijo suyo, a lo que Ana M<sup>a</sup> se negó. Allí nació pues el niño Alejandro Francisco Inocencio en pleno fervor republicano, aunque la procesión fuera por dentro. Después, la madre regresó a Valladolid donde seguirá viviendo en la casa paterna. Al cabo de un tiempo se reunió con ella su hijo, provisionalmente alojado en Laguna de Duero. A lo largo de su infancia Paquito se confundirá en la casa familiar con los hijos de Claudio (el hermano de Ana María): “los primos creían que se trataba de un medio hermano, hijo de su padre, fruto de alguna relación desconocida”, señala Mercedes Formica (p. 121). Las relaciones familiares en general eran armoniosas aunque, lógicamente, no estaban exentas de alguna tensión: por ejemplo, el abuelo Claudio nunca aceptó la situación creada y eso derivó en una cierta prevención hacia su hija, a la que siempre, en los años que seguirán hasta su muerte, tendrá algo que reprocharle (“quizá su enfermedad, o su belleza o que sé yo qué”, en *Los males sagrados*). En cambio, la abuela Luisa será un apoyo incondicional y actuará siempre con la mayor discreción.

Ana M<sup>a</sup> Pérez se puso a trabajar de inmediato: primero en la empresa AEG y poco después entró de funcionaria en el Ayuntamiento. Corría el año 32 o 33. La abuela Luisa gustará de recordar que Ana M<sup>a</sup> llegó tarde a las pruebas de selección, pero una vez aceptada hizo el examen y obtuvo el número uno de la promoción. De modo que a su nuevo puesto como funcionaria ingresó con el prestigio de su excelente

preparación. Y supo estar a la altura de las circunstancias. De hecho, después de la muerte del abuelo, en los años 40, la madre de Umbral se convertirá en la única responsable del sostén familiar y todos la respetarán por ello.

Al llegar la guerra los habitantes de la casa aumentaron: José Antonio y José Luis, los dos hijos de Claudio, vivirán también con ellos huyendo de los rigores que sufría la capital. La casa era humilde. El dormitorio de la madre era el más espacioso y estaba situado nada más entrar. El único que tenía luz natural y dos ventanas con rejas que daban a la calle. Las ventanas solían estar abiertas, incluso en invierno. Enfrente de su alcoba estaba el comedor, pintado de azul y con láminas enmarcadas en las paredes. En la habitación interior contigua al comedor dormían los primos. Ese comedor para las visitas era una pieza fría y poco acogedora, como era costumbre por otra parte de tantas casas.

Umbral compartió siempre habitación con algún componente de la familia: primero con su abuelo, después con la tía Maru y por último con su madre. Las dos hermanas Pérez eran muy diferentes: Ana M<sup>a</sup> poseía una distinción natural a la que fue sumando una inquietud cultural y un sentido de la independencia que hicieron de ella un ser notable, es decir que destacaba en el contexto vallisoletano. No es de extrañar pues en absoluto la querencia del escritor por excavar en su obra y con profundidad suficiente la influencia del carácter materno. Por el contrario, la tía Maruja era una mujer sencilla, ignorante, dedicada a las tareas domésticas y a coser para algunas familias conocidas. Será ella quien coserá los trajes que lleva Paco, o Paquito, de pequeño, para mortificación del futuro escritor que envidia las indumentarias de los chicos del Paseo de Recoletos.

En la parroquia de San Miguel según fuentes locales el futuro escritor ayudaba en misa como monaguillo. El escritor ha vuelto al barrio de su infancia y adolescencia literariamente en muchas ocasiones. Un ejemplo:

Atardeceres de esa plaza, cuando las campanas de la iglesia llamaban a la novena y el cielo se llenaba de grajos y vencejos. Había un cojo que me tiraba piedras

y una vez me alcanzó en un oído, que empezó a sonarme, dolorosamente, agigantado, como escuchando toda la música del planeta.

¿Soy o no soy vallisoletano?" se pregunta Umbral en el mismo texto, un pregón leído en el 82, para responder de inmediato, inmisericorde consigo mismo y con el entorno: "Uno es, para siempre, del sitio donde ha pasado hambre. Y yo, en Valladolid, he pasado hambre de todo: hambre de libertad, de amor, de vida, de amistad. Hambre de aquel pan negro de salvado que nos daban en la postguerra, cuando vendíamos y comprábamos cosas en la puerta de los mercados.

La experiencia del hambre, de la precariedad no sólo física sino moral a la que se alude en la cita, es central en la memoria umbraliana de aquellos años decisivos en la conformación de su personalidad. Porque en el 42, por ejemplo, el niño Francisco Alejandro tiene 10 años, edad suficiente para galvanizar las vivencias que se le ofrecen y desear en lo más profundo de sí mismo salir de todo aquello. ¿Para ser qué? En pocos años la respuesta surgirá clara y alta: ser escritor. A su madre le gustaba mucho leer, de modo que la familiaridad con los libros surge de forma espontánea. En la obra umbraliana se describe la biblioteca materna en numerosas ocasiones: dominaban los autores clásicos aunque Umbral se acostumbró a leer todo lo que caía en sus manos: de Mallorquí a Valle-Inclán, el preferido de su madre.

En *Memorias de un niño de derechas*, un libro que parece ser el origen del ciclo vallisoletano de su obra (según declaraciones del escritor a Miguel García-Posada citadas en la edición de este último a *Mortal y rosa*) se exhuman precisamente las imágenes que impresionaron su mente, imágenes de antes y de después de la guerra: libros, cromos, películas, revistas, desnudos, costumbres y de vez en cuando, verdaderas gemas de su prosa, alguna sentencia de alcance sociológico:

Una educación burguesa de derechas es una educación que no llega nunca a resolver dos problemas fundamentales, el del sexo y el del dinero. Se trata de un doble tabú que ese tipo de educación trata de ignorar, de obviar, y entonces, a fuerza de querer hacer inexistente la relación sexual o la relación monetaria lo que se consigue es tornar esas relaciones profundamente inmorales.

Algunos compañeros de la época lo recuerdan por su pulcritud en el vestir y como un muchacho "muy finolis" que mientras los demás chavales se divertían jugando en la calle, él se paseaba siempre bien vestido y con un libro bajo el brazo. Ahí tenemos los primeros indicios de una firme voluntad de distinción, de individuación, de dandismo precoz, que sólo en el futuro verá confirmada. Y la vocación de ser escritor como único destino posible:

De muy pequeño, fijo ya en la idea de escribir, no me importaban las eternas desgracias de la infancia o del hogar o del colegio: paseaba solitario por un parque, escribiendo mentalmente algo que me parecía bueno y sentía cómo me iba llenando de una seguridad, un optimismo, una euforia plena y total (en *Diario político y sentimental*).

Umbral fue a la escuela pública José Zorrilla sin el menor entusiasmo. La dejó pronto: según nos ha precisado él mismo repitió algún curso y en sexto de primaria lo dejó, aunque estuvo unos meses ocultando ese dato a su madre. Se iba al río: fue un tiempo de absoluta libertad y cierta golfería que el escritor ha evocado en varios libros (*Las giganteas, La forja de un ladrón...*). Después acompañaría algunas veces a su madre en su trayecto hasta el Ayuntamiento, a continuación entraba en la Biblioteca Municipal, a leer, naturalmente. Si quería ser escritor, y ése era su oficio natural, necesitaba formarse, hacerse con el idioma. Después vagabundeaba un rato hasta que sobre las dos Umbral recogía a su madre y volvían juntos a casa, con más o menos descansos para tomar aliento según ella se encontrara.

Llegados a casa -evoca el escritor en *Los cuadernos...*-, ella se acostaba y comía en la cama. En la cama permanecía ya hasta el día siguiente, reposando, dialogando, manteniendo tertulias, leyendo, tomándose la temperatura, anotando, con su letra clara y redonda de las dedicatorias juveniles, todos los matices de la enfermedad, de su enfermedad, casi como el diario íntimo de un poeta, como la escritura maniática de un suicida.

En el piso principal del inmueble vivía la familia Rivas Halconero que gozaba de una holgada posición económica y que socorrió en algunas ocasiones a la familia de Umbral. "Yo recuerdo bajarles algunas cosas" comentaba Juan Rivas Jiménez, 7 años menor que el escritor y del cual sigue guardando un claro recuerdo.

Por lo que sabemos la adolescencia del futuro escritor estuvo marcada por ese deseo obsesivo de ser alguien, de luchar a brazo partido contra la mediocridad a la que estaba condenado y por encima de todo, por la necesidad. Desde que deja la escuela tiene fugaces empleos (en una pastelería, una barbería...) hasta que un día -ha cumplido los 14 años reglamentarios para ponerse a trabajar- en el periódico *El Norte de Castilla* lee la convocatoria de unas oposiciones a ordenanza del Banco Central. Se convocan 4 plazas y Umbral se presenta sin decírselo a nadie. Unos días después le entra el miedo y se lo cuenta a su madre, quien reacciona de inmediato para apoyar a su hijo: hablará incluso con el director del Banco. El caso es que obtiene una plaza y entra en la institución con Antonio Medina y otros dos compañeros.

En el Banco Central estará 10 años, tal vez más. Siempre como ordenanza aunque pronto le trasladaron a la sección de correspondencia mercantil por su preparación y dominio de la lengua escrita. En el Banco hará piña con un reducido grupo de jóvenes de su edad todos interesados en la literatura y con los cuales hace amistad: después pasarán al *Norte de Castilla* de la mano de García Campoy al que en seguida nos referiremos.

Hay que decir que era el único botones que no llevaba el uniforme reglamentario: había conseguido ese trato de favor por parte de la dirección. Guillermo Díez, un compañero del Banco, lo recuerda con una chaqueta de pana. Por las tardes asistirá a la escuela de Artes y Oficios, al menos un par de años.

Su mejor amigo era un tal José Luis Ruano, un joven guapo, hijo de uno de los sombrereros más importantes de la ciudad. El establecimiento estaba ubicado en la calle Teresa Gil, en pleno centro vallisoletano y era en la trastienda del local donde Umbral, entonces Paco Pérez, y Ruano montaban sus guateques. Parece ser que tanto el futuro autor de *Los helechos arborescentes*, con un porte y una altura (mide casi metro noventa) inusual para la época, como su amigo Ruano tenían mucho éxito con las chicas (por lo visto era frecuente tema de conversación entre las niñas de las monjas que le conocían por apodos).

Ruano era un buen amigo para los ligués, sin embargo Umbral tendrá mucha relación con otros jóvenes de su edad con los que comparte aficiones

literarias y con sus primos maternos: José Luis Pérez Perelátegui y sobre todo con José Antonio, el mayor, ambos hijos de Claudio Pérez Martínez, hermano de su madre y ya citados en este trabajo. Aunque después de la guerra volvieron con sus padres, una serie de dificultades determinarán que los abuelos se hagan cargo de ellos en ocasiones lo que estrecha las relaciones entre ellos, excelentes hasta la fecha.

José Luis Pérez Perelátegui lo recuerda de cuando éste se alojó en la casa de los abuelos para estudiar Derecho siempre con un libro, leyendo, o bien escribiendo. Paco escribiendo para aprender, sobre todo poesía, para que lo leyera su madre, sus amigos de la tertulia del Florido. Leyendo y escribiendo.

A los 18 años contrajo una tuberculosis que le retuvo en cama varios meses, casi un año. Sobre su recuerdo se levanta con gran fuerza el final de *Los males sagrados*. Hay una instantánea que recuerda con soberbia hipérbola ese momento de angustia:

Un muchacho de pantalón largo que anda por la calle, que saca sobresaliente en dibujo y acude los domingos al Senado del Arte con Magdalena y otras gentes, puede llevar dentro de sí, sin saberlo, una jaqueca migrañosa, una neuralgia, una miopía, un astigmatismo, una algia, una artrosis cervical, una inflamación ganglionar, una infiltración hiliar, una descalcificación, varias taquicardias y arritmias, una dermatitis seborreica, algunas irregularidades laberínticas, una deformidad aórtica y un principio de neurosis, a más de irritaciones balanoprepuciales, sabañones, sinusitis, amigdalitis, interrupción del tracto respiratorio y riego deficiente.

No sabemos gran cosa más que la enfermedad debió alimentar si cabe con mayor fuerza su vocación de escritor y su necesidad de ser alguien. Este tiempo de reposo forzado le servirá para leer vorazmente toda la literatura que cae en sus manos: ya conoce a Ramón Gómez de la Serna y a César González Ruano de quienes aprende ese "toque autobiográfico, de intimidad" que tiene la literatura de ambos y que ejercerá un enorme y duradero atractivo en el joven. Con el tiempo comprenderá que su opción está más cerca de la prosa elegante y fluida de González Ruano que de la condensación estética de las greguerías ramonianas. Lee con avidez la poesía y la prosa de Juan Ramón Jiménez, a toda la generación del 27 (será uno de los primeros en

valorar públicamente la poesía de Luis Cernuda), a los escritores locales (Ángel de Pablos, Francisco de Cossío, Francisco Javier Martín Abril, Francisco Pino,...)

Es un tiempo de enfermedad y libros que compare intensamente con su madre y que ha evocado en *Las ánimas del purgatorio* (1982). Veamos una referencia interesante de aquella situación:

Mi madre y yo estábamos cada uno en una cama, tuberculosos perdidos, en la misma habitación, y leímos *El camino* -años cincuenta-, que a mí me gustó mucho. Ella dijo: "No vale ni el papel en que está escrito" (en *Miguel Delibes*, Madrid, Epesa, 1970).

Efectivamente, *El camino* se publicó justo en 1950. Y ¿fue esta novela la que marcó las inevitables diferencias de gustos literarios entre madre e hijo? Es fácil pensar que la sensibilidad hacia una literatura social y pegada al presente que sí tenía el joven Paco Pérez y que le permitía calibrar la importancia de la novela de Delibes no podía coincidir con las preferencias literarias de su madre formadas en una época anterior:

Mi madre tenía razón -le dirá el escritor a Ana M<sup>a</sup> Navales- cuando me hablaba de literatura. Pero a partir de *El camino* empecé a distanciarme de ella. No creo que sea la mejor novela de Delibes, ni mucho menos, como todo el mundo quiere probar. Pero mi madre se equivocaba. Ella se había parado en Valle-Inclán, y quizá hacía bien. La nueva literatura que traía el paisano no le sonaba a nada. Ahora vuelve Valle-Inclán con todas las de la ley, porque es grande entre los grandes. Pero mi madre -ay- no vuelve (en *4 novelistas españoles*, de Ana M<sup>a</sup> Navales, ya citada).

Es probable también que como ocurre con otros escritores -Kafka, por ejemplo- el brote tuberculoso le generara una susceptibilidad especial por todo lo que estuviera relacionado con el cuerpo y la enfermedad que encontraría su cauce de expresión y de liberación a través de la escritura y de la cual es una muestra excelente el autorretrato anterior: en el ámbito hispánico su sensibilidad para anotar todo tipo de estados físicos (se entiende que propios) no tiene rival y ha supuesto una valiosa apertura en el ámbito de lo decible sobre el yo. Véanse sus diarios, desde *Mortal y rosa* hasta el reciente *Diario político y sentimental* donde la fractura de un pie se convierte en un sólido motivo literario. A

ello hay que añadir la obsesiva preocupación de la madre por tomarse la temperatura y controlar los altibajos de su enfermedad, circunstancia habitual en su comportamiento y que debía marcar al escritor profundamente.

En el 52 tiene 20 años, y en la casa familiar su madre consume, sin saberlo, las últimas fuerzas que le quedan. Todas las fuentes consultadas en Valladolid se refieren a Ana María Pérez como una mujer instruida, distinguida y... enferma. La tuberculosis que la minaba debió ser la causa cierta de su temprano fallecimiento. La madre de Umbral murió en la casa de la plaza San Miguel de una "miocarditis por síncope cardíaco" a las 7 de la tarde del 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, de 1953. El escritor ha evocado ese momento y con él concluyen *Los cuaderos...* Por la mañana, su madre amaneció indispuesta. Avisaron al médico de cabecera. Una gripe fuerte que explicó por su costumbre de dormir con la ventana abierta, a pesar del frío. Recetó lo de siempre: cama, cosas calientes (apenas había antibióticos todavía). Umbral se fue al paseo, buscó a la pandilla y anduvo con ella. Volvió a casa para comer. Su madre estaba entredormida, respiraba ronco pero ni él, ni su tía ni su abuela querían admitir algo diferente. Se daban ánimos el uno al otro. Volvió a salir, esta vez con su primo José Antonio, fueron al cine de los Luises, una congregación que organizaba actividades para los jóvenes los fines de semana. En la casa la tía Maruja descubrió que su hermana estaba agonizando, dio un grito de horror. Acudieron la abuela Luisa y José Luis Pérez Perelétgui, hermano de José Antonio, que estaba de permiso por ser festivo (cumplía el servicio militar). Trataron de reanimarla pero fue imposible. José Luis subió a casa de los Rivas Halconero para llamar por teléfono y avisó a Umbral que llegó jadeante por la carrera. Su madre había muerto cuando él llegó.

En un primer momento, las vecinas que se acercaron al domicilio se preguntaban quién había muerto (era lógico pensar que se trataba de la abuela Luisa). Ana M<sup>a</sup> Pérez tenía 48 años aunque le gustaba presumir de ser algo más joven. Y no parece un dato del todo casual que su hijo acabe de cumplir los 21 años, su mayoría de edad, cuando muere. Es como si de pronto cobrara forma el instinto de protección materno: ya puede morir, su hijo sabrá valerse por sí mismo. Deber cumplido.

Los datos del acta de defunción (no todos exactos) los proporciona un empleado de la funeraria, Juan José Pulido Gallego. La entierran en el cementerio de Valladolid: el féretro va en un coche de caballos y recorre algunas calles de la ciudad hasta llegar al cementerio.

La muerte de su madre: un antes y un después en la vida del joven, un hachazo que le deja un sentimiento de orfandad feroz e irreversible. Es un hecho traumático que tiene sin embargo algo de liberación:

La muerte de mi madre marcó un hito importante en mi vida. De vivir mi madre hubiese tardado más en ser escritor. Inteligente y dominante, me absorbía.

Pero al mismo tiempo le imprime una melancolía de por vida. Según Julia Kristeva, perder a la madre es una necesidad biológica y psíquica. La primera piedra para la emancipación, siempre que esta pérdida suceda de manera óptima, a su debido tiempo. Cuando esa ruptura necesaria para el crecimiento personal se ve obstaculizada arrastra una inversión sobre el yo: introyectado el objeto materno en lugar de un saludable distanciamiento sobreviene la condena depresiva o melancólica del yo. Dicho en otras palabras, una pérdida antes de tiempo bloquea el curso natural de toda maduración y es, por otra parte, la raíz del mito. En el caso del escritor la pérdida materna se produce a una edad razonable, los 21 años, pero la fuerza del vínculo que les une le deja un rotundo sentimiento de orfandad. Perder a la madre significa perderlo todo en su caso. Tal vez por eso se centrará a partir de entonces en ser él mismo, en imponer una especie de hiperyo, de personaje, sobre el cual tejerá su escritura literaria. Ahí está el nudo gordiano: no es la actitud vanidosa o narcisista de quien vive prendado de sí mismo, sino la señal de un yo primitivo herido, incompleto, que ha resuelto hacer de la necesidad virtud y alzarse con un yo a veces altivo y principesco con el que combatir la dolida carencia del nombre propio.

Lo cierto es que vivirá su vida sin otro compromiso que la tarea de por sí hercúlea que se ha impuesto a sí mismo de ser un escritor, es decir de mantener vivo a su vez lo que le ha ayudado a vivir desde que era un niño: el lenguaje, las palabras. La literatura entendida como la entendía su madre: gracias a ella Ana M<sup>a</sup> Pérez

consiguió mitigar la impotencia que debía sentir tantas veces frente a la muerte. Murió por tanto debiéndole algo esencial.

Dos años después, en 1955, Umbral publicará su primer artículo en *Arco*, revista universitaria editada en Oviedo: trata del despertar en la ciudad. Aunque su principal interés y vocación sea la poesía, el futuro escritor es consciente de su falta de talento para llegar a lo más alto. En cambio la prosa no guardará secretos para él. Sigue trabajando en el Banco Central y vive con su tía y con su abuela pero ya ha empezado la cuenta atrás. La relación con su tía Maru es escasa y mala. Él tiene su llave del piso y hace su vida.

Una figura clave permitirá a Umbral el despegue que necesita para romper con el Banco y encarar de frente su ya firme vocación: será José Luis Pérez Perelátegui, primo carnal del escritor y con el que ha vivido en la casa familiar largas temporadas. José Luis era muy aficionado a los toros y según nos dijo él mismo fue esa afición la que le facilitó la entrada en la emisora *La Voz de León* como cronista taurino. Se había licenciado en Derecho en Valladolid y al poco tiempo de trabajar como crítico de toros lo nombraron director de la emisora. Tenía 25 años. José Luis ofrece a su primo trabajo en León como administrativo de la emisora. Una emisora de la Falange, como todas, en la que José Luis Pérez Perelátegui no puede hacer más por él puesto que en aquellos momentos era la única plaza vacante. Él conoce bien a Umbral. En efecto, el escritor deja el Banco una mañana de abril del 58 y por la tarde se va a León —en un viaje que no tiene vuelta atrás— para trabajar como administrativo de la emisora. Pocos días después el futuro escritor ha dado el salto ya y se está ocupando de los informativos y de los espacios de mayor relevancia. José Luis P. Perelátegui quiso nutrir la emisora con gente joven y talentosa: fichará también a Luis del Olmo, a M<sup>a</sup> Teresa Martín Villa (hermana del político Rodolfo Martín Villa) o a M<sup>a</sup> Jesús Álvarez Moro —“la voz más maravillosa que yo he conocido”—, según el escritor. Pero la voz de Umbral no se queda atrás: es grave, profunda, resuelta y con amplios matices. Un éxito que le abrirá las puertas de la ciudad: empezará a colaborar en el *Diario de León* escribiendo una página literaria por la que en un principio no recibe retribución alguna. En poco tiempo se convertirá en la cabeza visible del Círculo Cultural Medina, naturalmente de la Falange. Son los comienzos de un escritor

autodidacta cuya pluma, sin embargo, desde el principio adopta una libertad impropia en aquellos años de Movimiento. De modo que pronto recibe la primera lección.

En cierta ocasión se programa en el Círculo Medina la película *Orfeo* dirigida por el vanguardista Jean Cocteau en 1950. Umbral la presenta. Poco después de iniciarse la proyección el público asistente empieza a patearla. Al público habitual del Círculo, mujeres de la Sección Femenina principalmente, le resulta imposible entender aquella personalísima y fantástica revisión del mito de Orfeo. Se organiza un follón considerable.

Umbral se indigna (“aquello no parecía un cineclub, parecía un corral”), de modo que en un espacio radiofónico que tenía diariamente por las noches dice todo lo que se le ocurre sobre el episodio vivido aquella misma tarde. Dice cosas inviables en el año 60. Empieza una campaña contra él que su primo y director José Luis —que se pone de su lado— consigue frenar a tiempo. En la campaña interviene Victoriano Crémer, el *Diario de León*, incluso el alcalde de la ciudad y por supuesto la delegada de la Sección Femenina, Delfina García Cela, y aunque el temporal fue amainando y nadie le echara de una manera abierta, Umbral comprendió que la experiencia profesional en León había terminado. Al cabo de un mes se fue a Madrid.

Poco antes se había casado con Españita Suárez Garrido, una joven zamorana, hija de militar, con la que empezó a salir según nos ha dicho al filo del 53, poco más o menos cuando murió su madre. Eran vecinos (ella vivía en la calle San Diego) pero se conocieron en el paseo de Recoletos, junto al Campo Grande. España tenía, a sus 17 años, un aspecto muy aniñado, tanto que al futuro escritor le avergonzaba salir con ella: cuando se puso zapatos de tacón la invitó al cine. Vieron 7 novias para 7 hermanos y empezó su relación. El matrimonio se celebró la mañana del 8 de septiembre de 1959 en la iglesia parroquial de San Martín, no muy alejada de San Miguel aunque más modesta. España tiene 23 años y ha cursado los estudios de Magisterio; él, 27. De viaje de novios fueron a una dehesa que tenían en Zamora los familiares de España. Se instalaron en León, primero en casa de una prima de Umbral, Julia (que también acogería a la longeva tía Maruja después de que quedara sola en la casa familiar de Valladolid).

Pero él gana bastante dinero -trabaja de la mañana a la noche- y consigue un piso.

Por entonces Umbral ya colaboraba esporádicamente en *El Norte de Castilla*. Parece ser que en *El Norte* entró en 1957 de la mano de Carlos Campoy García, redactor jefe del periódico y también de la revista *Cisne*, del SEU. Era un dirigente del Frente de Juventudes de Valladolid y según todas las fuentes una buena persona. Varios compañeros de Umbral en el Banco Central entraron en *El Norte* gracias a Campoy (sus nombres: Antonio Medina, Guillermo Díez, Miguel Ángel Pastor...).

“Yo conocí a Umbral por la calle Santiago. Teníamos amigos comunes”, recuerda Miguel Delibes que por aquel entonces asumió la dirección del periódico y entre otros cambios, se propuso llenar con sustancia un suplemento dominical. Para ello reclutó a gente joven y con ganas. Se crearon dos secciones, una titulada y no a humo de pajas precisamente “El caballo de Troya” y otra “Ancha es Castilla” (y en ellas colaboraban César Alonso de los Ríos, Jiménez Lozano, Martín Descalzo...). Ambas dieron mucho que hablar. Pero a Umbral no le interesa la política y sólo escribe de literatura en la sección “Las Artes y las Letras” en la que también colaboran José M<sup>a</sup> de Cossío, su hermano Francisco de Cossío (muy admirado por Umbral), Javier Pérez Pellón, Ángel Lera, Ignacio Aldecoa, el propio Delibes, Julio Camba... El primer artículo que hemos localizado en *El Norte* se titula “Tres actitudes de la lírica española contemporánea” y aparece el 21 de marzo de 1957. Su tema, la poesía española, será el motivo de cientos de artículos posteriores y refleja muy bien el centro de su pasión por la literatura: el verso, no la prosa (“lo hubiera dado todo por escribir poesía, y a Dios le agradezco, al Dios alado de los poetas, que me abriese los ojos a tiempo”). El artículo, firmado como Francisco Pérez, repasa las tendencias poéticas que conviven en la España de los 50 para concluir asegurando que su continuidad y vigencia ya están aseguradas pese a la diáspora del 27: para el cronista, los nombres de Leopoldo Panero, Luis Rosales, Blas de Otero y, sobre todos, José Hierro (su preferido) son la mejor garantía. Nuestro hombre seguirá escribiendo, siempre de literatura (Mihura, Hierro, Jorge Guillén -una lectura constante de Umbral-, Crémer, Blasco Ibáñez, Goethe, Camus...). Su posición no ofrece la menor duda:

El instinto político que hoy acucia no es más fuerte en el hombre que el instinto creador. No se ha inventado otra fórmula de supervivencia que la creación personal (5/4/59).

(Casi 40 años después reflexiona sobre aquella actitud en *Los cuadernos de Luis Vives*:

Hoy, después de haber escrito miles de artículos políticos, me sonrío melancólicamente de aquel joven apolítico que en realidad estaba tomando una postura reaccionaria ante la vida: eso que luego se llamó evasión, escapismo. Esto era grave a mitad de siglo, pero sin mi obstinación en lo mío todo habría ido a peor.

La obstinación le viene de nacimiento. Umbral es Tauro, un signo de tierra que se caracteriza por su sensualidad, una enorme perseverancia en todo lo que hace y su capacidad productiva.)

Pero la meta de Umbral es Madrid: quedarse en León o Valladolid significaba, en el mejor de los casos, no pasar de gloria local y además todo empujaba para que así fuera: “Madrid era la distancia entre mi madre y Madrid. Infinita” escribirá en *Los cuadernos de Luis Vives*.

De modo que un día, el 12 de febrero de 1961, da el salto y es precisamente entonces cuando puede darse como definitivo el apellido de Umbral que sin embargo en los medios leoneses ya había empezado a utilizar: “un nombre largo requiere un apellido corto” nos dijo. Fue en el espacio que dedicó a la muerte de Juan Ramón Jiménez la primera vez que firmó como lo ha venido haciendo desde entonces. Tiene 29 años y la misma ambición de los 14: ser escritor y vivir de la pluma. Su primer artículo como Francisco Umbral en *El Norte* es del 19 de marzo de 1961. Y es su traslado a Madrid y los primeros contactos adquiridos por el escritor en la capital los que utiliza Delibes para darle al periódico un aire más cosmopolita ampliando los espacios dedicados a la crónica social. Firmará una sección de “Las Artes y las Letras” con entrevistas y reportajes a personajes conocidos que por alguna razón están de actualidad y también se abre una nueva columna, “Madrid literario”, que es el germen de su estilo periodístico posterior: aquí los saltos de un tema o personaje a otro se marcan con un nuevo encuadre del texto. Después serán las negritas las encargadas de dar a sus columnas una

personalidad propia. Pero lo cierto es que muchos artículos de Umbral en *El Norte* van sin firmar, o con iniciales, de modo que es difícil saber con exactitud el volumen de su colaboración en el periódico.

Su mujer queda en Valladolid, con sus padres, a la espera de que el escritor consiga el sostén económico necesario. Umbral malvive de pensión en pensión y sus dificultades son grandes al principio, pues su viaje a Madrid se produce casi a la intemperie de cualquier protección, salvo un par de cartas que le proporciona Perelétgui. Por entonces, según escribe, ya sufre de insomnio que palía como puede tomando Valium y otras cosas. De las pensiones se habla en *La noche que llegué al café Gijón*:

Yo estuve primero en pensiones de la calle de la Madera, estrechas y torcidas, todas de olor a cocina y al paso fugaz de los viajantes de comercio, y luego en pensiones burguesas de la calle de Ayala, con criadita de cofia almidonada y sopa servida en las habitaciones. Yo estuve también en las pensiones estudiantiles de Argüelles, llevadas por unos argentinos que decían "bochinche", "pileta", "macanudo" y "chiquilines", y en pensiones familiares de Dáinz de Baranda, con el baño lleno de niños que no se bañaban y el comedor lleno de boxeadores tristes.

Pero al cabo de unos meses Umbral ya puede alquilar un apartamento en la calle General Oráa. España se reunirá con él. El apoyo de su mujer será, con los altibajos que se quieran, incondicional hasta ahora mismo: 40 años de relación en unas condiciones de

libertad y de respeto que favorecerán sin duda ninguna el proyecto profesional del escritor.

Un dato importante: se compra su primera máquina de escribir (al principio se veía obligado a alquilarla), una Olivetti portátil que figura entre los fetiches del escritor. La energía desplegada en los primeros 60 por Umbral en Madrid es frenética:

Escribí artículos, reportajes, entrevistas, pies de fotos, cosas que tenía pedidas y cosas que iba a ofrecer a todas partes. Escribí cuentos nuevos y pasé a limpio otros viejos. Con el ruido de lluvia de la máquina, con

#### *Nocturno íntimo*

Decir de dónde vengo, de qué vengo,  
aquella lluvia cayendo en interiores,  
aquella tarde enferma que llamaré mi infancia.  
Darle un nombre, por fin, a todo eso.  
Era la más delgada tristeza, un quebradizo caos, una alta cenefa de fulgor, de sueños, de inventiva,  
mientras mis pies rodaban vagamente.  
Una estatura que no me pertenecía, que me quedaba holgada y triste  
como la ropa de los muertos.  
Llevarle infancia a todo aquello...  
Infancia es una larga y blanca palabra que dice arenas nuevas,  
vida rubia. No le va la palabra a lo que cuento.  
Sólo para entendernos digo infancia.  
Descamisado el corazón, más tarde,  
pero no tan abierto que se me viese el miedo,  
buscándole a los días su noche clandestina,  
buscándole a las noches su oculto día pálido  
Llevarle a aquello juventud...  
Juventud es una erguida palabra valerosa.  
Pero yo bordeaba los ribazos de sombra,  
le iba dando la vuelta, por detrás, al monte luminoso,  
al siná de luz de cada día.  
Llevarle a aquello juventud.

Vengo de tardes que a nadie hicieron feliz,  
de ciudades sin calles, de calles sin ciudad;

el chaparrón alegre de las letras llenaba el silencio de la pensión y el vacío de mi vida.

Este vacío psíquico o interior cuyas alusiones se prolongan hasta los libros más recientes (*Diario político y sentimental*, Planeta, 1998) se diría, y es una hipótesis, instalado en el lugar del vacío paterno, una privación cuya vasta significación y dominio sólo es confesada oblicuamente en su literatura. Porque todo lo que existe se puede evocar o invocar, aceptar o rechazar, pero aquello inscrito en un territorio indecible supone

una extrañeza, un exilio de por vida. Es una especie de horizonte secreto que ninguna imagen precisa logra englobar (tal vez la más eficaz sea la de un traje, vacío, en una percha que se usa en *El hijo de Greta Garbo*). La literatura para Umbral es el recurso extraño y a la vez familiar que logra dominar este infortunio instalando un yo que doblega las oscuridades de la privación: combate la amargura del desheredado al tiempo que lo dota de una nueva identidad. Hay un poema suyo de los años 60 que se repliega en esa cripta del pasado pero a la vez quiere hablar. Se titula "Nocturno íntimo" (véase recuadro adjunto) y pese al regular talento que se desprende de su factura, las sugerencias psiconanalíticas son múltiples.

soy resultado oscuro, producto, consecuencia  
de una serie de inviernos que la lluvia nos trajo encadenados.  
Soy un cruce de días anticipados y retrasados días.  
No me ha llovido a tiempo, me ha dado el sol temprano.  
Mi entramado del pecho me lo inventé yo mismo.  
Pero puedo olvidar, y eso me salva.  
Empezaba a escribir para contarlo todo.  
Pero puedo olvidar, otras veces me ocurre.  
(Hay un repentino golpe de olvido, como un mar que vuelve la espalda.)  
Olvidar que soy hecho de mitades, fingida mi unidad.  
Y es ya sólo la vida, el presente diverso, abierto en muchas calles.  
Una plaza de lenta actualidad, caras que dan perfume,  
innecesarias luces que sólo la alegría puede haber encendido.  
Provisional, el mundo, se prueba en mí chaquetas, ropas optimistas,  
levedades de lienzos y de color.  
Salgo y entro, y olvido, en esta mezcla, que yo también soy mezcla.  
Me contrasto con todo, vagamente, al pasar por espejos, por miradas.

Me contrasto con vidrios, con tejidos.  
Respondo en bloque al roce de la vida,  
reacciono contra manos, contra amistosos picaportes,  
me resuelvo en salud, en prisa, en paladar o carcajada,  
como si fuera, como si todo yo tuviera un único sentido,  
muy preciso y despierto.  
Puedo olvidar.  
Puedo llegar -ay- a creer que de verdad soy uno y soy yo mismo.  
Que lo que el sol toca es mi entereza.

(Publicado en *Poesía Española*, 1ª etapa, 1966, pp. 4-5, 1966)

Es un poema que parece escrito en clave. Un yo recurrente, casi obsesivo, se afianza, a medias altivo, recordando un pasado destruido e infeliz. Él es parte de esa historia caída. Su pasado no es, de ningún modo, un pasado histórico: es una memoria. Y eso es, a fin de cuentas, su obra: una memoria. Su memoria.

El poema es muy sugerente. ¿Con qué quedarse? Tal vez con un alejandrino de hemistiquios perfectos: "No me ha llovido a tiempo, me ha dado el sol temprano". En cualquier caso, una tristeza a veces abrumadora en su escritura se impone sobre todo aquello -el pasado, la infancia, la juventud- que ya no tiene remedio pero que irriga el universo umbraliano dando estatura poética a un trauma personal.

(Continuará)

### Documentación y archivo: Marcos Maurel

Nuestro agradecimiento a las personas que nos han suministrado información en Valladolid: Maribel Rodicio, Juan Rivas Jiménez, Guillermo Díez, Domingo Criado, Antonio Medina y Joaquín Nieves (León). También solicitamos datos a Miguel Delibes, José Jiménez Lozano, César Alonso de los Ríos y José Luis

Pérez Perelátegui, todos ellos respondieron con la mayor amabilidad. Los profesores Emilio Ridruejo y Margarita Lliteras nos prestaron su ayuda más allá de lo que exige la cortesía profesional, así como Francisco Pescador, estudiante de filología y un valioso apoyo. Por último, nuestro reconocimiento a Francisco Umbral por permitir que nuestro trabajo se llevara a cabo.